

LA IMAGEN SE MOVIA



AY una promoción contemporánea del cine; la de los que hemos doblado la mitad de un siglo. Por lo que a mí respecta, la coincidencia se ha puntualizado día por día, por lo menos hasta hace pocos años. Naturalmente

que el cine empezó a funcionar y a ser un espectáculo público antes de que yo usara de mi propia razón. Pero ésta le fue a la zaga para recuperar la distancia de medio cuerpo que él me llevaba adelantada. Yo he visto en reestreno "El viaje a la Luna" (¿creo que de Meliès?), adaptación comprimida de la obra de Julio Verne. Era, ciertamente, un reestreno especial, uno de los recuerdos más antiguos pero, quizá por ello, más indelebiles que yo guardo. La cinta, brevísima, recortada, pluvial y maltrecha, formaba parte del repertorio de unos volatineros que todos los veranos hacían una parada en la plazoleta de Santa María del Vallés, ámbito que algunos de mis lectores conocerán quizá a través de la historia de Mariona Rebull. Según mis cálculos eso debía de ocurrir hacia el año 1920. La troupe de funámbulos proyectaba la cinta sobre la lona de su carromato. Era una cinta azulada, misteriosa, que nosotros, los chiquillos, admirábamos con los ojos abiertos, pasmados; y que al día siguiente y en los sucesivos nos dejó impresa en el ánimo una lámina insólita, que borró el hechizo subsidiario que nos dajaran payasos y trapecistas. Allí empezó el cine para mí y, por tanto, empezó por sus comienzos. No habrá para mí "cine-club" comparable a la plazoleta pueblerina de aquella sesión inesperada.

Aquel cine, entrecisto, era una especie de pulimentación de otros ingenios ya por nosotros manipulados y experimentados. Nuestra primera infancia estaba tentando desde hacía tiempo la figura y el movimiento. Los juegos infantiles, las veladas domésticas estaban muchas veces presididas por las "sombras chinescas", para las que un pariente sesentón y muy grave de mi padre poseía extraordinaria habilidad. Existía en mi casa una "linterna mágica", lo que hoy se ha convertido simplemente en proyector, pero que entonces daba su haz de luz por el encendido de peligrosas bengalas. El manejo y funcionamiento de la linterna mágica tenían cierta solemnidad, ya que por su riesgo exigían autoridad y seso de personas mayores y de expertos. El repertorio de la linterna mágica era monótono e inmutable, con los cuentos y moralejas más desabridos de la época. Yo recuerdo particularmente uno, en dos series complementarias, llamado "Andresito, niño" y "Andresito, hombre", en que el protagonista, desobediente de pequeño, que se subía clandestinamente a las sillas para hurtar la mermelada a su mamá, una vez hombre y con barbas se lanzaba a toda clase de depravaciones, como jugar a la ruleta en un casino, con saz mefistofélica, o lanzarse a un desenfrenado descorche de champaña en un reservado. Entonces no existía en las familias el criterio de que el suicidio con fines didácticos no fuera "apto" para menores. De modo que, espeluznados, asistíamos al lógico fin de la vida de Andresito, que se apoyaba en la sien la boca de un pistolón enorme. A la "linterna mágica" se sumaba el misterio del calidoscopio, que hacía rodar ante nuestros ojos la incesante imagen de un caballo de carreras, siempre saltando el mismo obstáculo y de la misma manera. Pero aquel simple movimiento era para nosotros una revelación, un portento inexplicable.

Nosotros somos contemporáneos de la imagen puesta en movimiento. Nuestra infancia fue la mimica. "La mano negra", las películas de William S. Hart y de Cayena aguzaron nuestra imaginación en sus primeros años. Las proyectaban en un centro católico por cuya pantalla pasaron todas las verdaderas joyas del cine primitivo; se llamaba "Centro de la Defensa Social" y todo él estaba bañado de una atmósfera maurista y conservadora. "La mano negra", además de ser el ya histórico serial, era propiamente la de "mossén" Illa, sacerdote promotor de las veladas, cuya diestra, con el auxilio del bonete, se colocaba con intrepidez sobre el foco de luz para amagar la imagen, cuando ésta era considerada por él demasiado atrevida. Si por azar el cálculo de ese intuitivo censor erraba unos segundos, bastantes para que la pantalla no hubiera concluido aún el lánguido beso, se apresuraba una acompañante que llevábamos a sentenciar de modo que pudiéramos oírlos todos: "Son primos hermanos". Con lo cual, a partir del momento, la intriga

se tornaba para nosotros cabalística, inextricable, aparte de que nuestras propias primas hermanas empezaron a recelar y a esquivarnos. En fin, los tiempos no cambian, sino las técnicas.

En aquel "Centro de Defensa Social" y en el cine Reina Victoria de Barcelona, hoy desaparecido, vive toda nuestra particular historia del cine. La que hace años escribió Angel Zúñiga partía de parecida documentación empírica, apoyada en él por su portentosa memoria y por la sensibilidad que siempre mantuvo viva para el "nuevo arte". En aquellos años conocimos todo el Chaplin hasta "El chico", Fairbanks y la Pickford, Lillian Gish y Tom Mix, al primer Stan Laurel, conocido por nosotros como "Campanillas", Pearl White, Charles Ray, hasta lo que consideramos la madurez del cine, madurez que se anticipa al añadido del sonido y de la voz.

En el "paraíso" del Kursaal barcelonés existía un plafón enorme, pintado por Segrelles, que amenizaba nuestros intermedios al tiempo en que la orquestina con sus violines interpretaba valses de opereta. Es la época de los galanes y del "sexy", es nuestro bachillerato. Vimos asomar a William Powell en un papel secundario, de ayuda de cámara, que luego le llevaría al "estrellato". Unos hombres fijan la atención de las damas: Lewis Stone, Adolphe Menjou, Valentino, John Gilbert, Clive Brook. La orquestina subraya los lances de la película con melodías ya sentimentales, ya patéticas. Strauss, Beethoven o el maestro Bretón se turnan y entrelazan oportunamente. "El hijo del Caid" o "Monsieur Beaucaire" encandilan a las damas que fuman cigarrillos turcos. Surge el gran espectáculo con el "Ben-Hur" que interpreta Ramón Novarro. Y en una película oscura, creo que interpretada por Stone, aparece como injertado un trocito de sonoro, una tímida prueba. Del silencio transido de violines surge la voz de la víctima, un zar atrabiliario y tirano, cuando es estrangulado por sus validos. Llama a su único hombre de confianza por su nombre: "Pahlen, ¡Pahlen!" —grita. Y ese primer grito del cine, en la película "El patriota", nos estremece a todos. Los muchachos andamos parodiando el esterior del zar en todos lados, en la calle al encontrar a los amigos, en la clase de "Historia de la Civilización española", instaurada por el ministro Tormo, de luengas barbas, al finalizar la dictadura. ¿Quién fue el colonizador de California?, nos preguntan. Y hay una respuesta unánime que dice entonces: "¡Pahlen, Pahlen!", con irrisión estruendosa...

las reposiciones ¿Por qué hablamos de eso?

Ciertamente, no sabemos por qué nos hemos puesto a recordar así una historia que no tendría fin. Nos hemos ido por las ramas. De lo que intentábamos hablar, al esbozar el tema, no era del pasado remoto —de nuestro particular y subjetivo pasado—, sino de cierto equilibrio inestable que se observa en la producción cinematográfica en proporción a los años. Y ello con la oportunidad que nos ha dado el verano, con ocasión de las llamadas reposiciones, frecuentes en esta época.

Algunas noches nos hemos instalado solos en la butaca de un cine con la pretensión de saborear nuevamente ciertas cintas que en otro tiempo nos causaron impresión. Confiábamos ilusionados en rehabilitar ahora la emoción que algunas de ellas nos causaron entonces. Mas ¡qué difícil resulta volver! No es que el tiempo haya pasado para los atuendos, para las situaciones del drama o de la comedia. Muchas de estas grandes realizaciones de otro tiempo no tienen nada de común con la moda. Algunas de ellas se refieren a personajes históricos, otras son "westerns" sobre los que no actúa la modernidad, cierta cinta podría incluso, por su tema y su figuración, resultar más oportuna hoy que entonces, cuando se estrenó; fue una anticipación que causara en su estreno un efecto inmediato, lacerante, entre las masas. Pero hoy la vemos y nos quedamos indiferentes ante ella. Ha perdido el "suspense", esa que fue su gracia original. Otras especies y otros picantes han venido después a dar gusto, ácido y fuerte, a las historias que nos cuenta el cine de hoy. Aquel extraordinario suceso de otros días, hoy es lo que es: el paso del tiempo. Ha habido entre tanto una deflación de aquellas imágenes. Advertimos que todos los días, en cada instante, el cine es un instrumento de nuevos logros, que arrojant los del día anterior. Y entonces, el paso del tiempo no respeta más que a las piezas "muscables", por su interés erudito, como aquel "Viaje a la Luna" de nuestra barraca de feria; o, también, a unas pocas, contadísimas figuras individuales como Greta Garbo, grávida y eterna sobre el guión y el celuloide.